

ARGENTINA Y LOS NOVENTA:

La otra década perdida (*)

Alfredo Félix Blanco

**Departamento de Economía y Finanzas.
Facultad de Ciencias Económicas.
Universidad Nacional de Córdoba.**

(*): Nota publicada el 5/12/ 04 en: SUPLEMENTO DEBATES. LA MAÑANA DE CÓRDOBA. Argentina

Muchas veces en la historia, los lapsos temporales no coinciden con los periodos históricos. Es así que en realidad la década de los noventa, para la economía argentina, comenzó en Abril de 1991 cuando el entonces ministro Domingo Felipe Cavallo anunció el régimen de “convertibilidad” del peso con una relación uno a uno con el dólar estadounidense.

Y el final de la década de la convertibilidad puede ubicarse entre el 1º de Diciembre del 2001, cuando el mismo Cavallo (nuevamente ministro) anunció restricciones en el mercado de divisas, y el momento final del régimen que se derrumbó con un desordenado proceso de devaluación y declaración de “default” de la deuda publica externa.

El final de los años ochenta, llamada la “década perdida” por su casi nulo crecimiento económico, con los sucesivos incidentes hiperinflacionarios del ultimo tramo de la presidencia de Raúl Alfonsín y los de comienzos de la de Carlos Menem, crearon las condiciones subjetivas para que la mayoría de los argentinos estuviese dispuesta a aceptar propuestas que le plantearan la estabilidad de precios como objetivo principal. Si, además, la misma reunía ciertos requisitos que permitieran condenar el pasado y brindar “mágicas” soluciones a los viejos problemas, mejor aun.

Estas condiciones las reunía plenamente la idea de una “caja de conversión” que, según explicaba con estilo docente el Ministro a los argentinos, tenía la particularidad de que como la emisión de pesos solo se haría contra la entrada de dólares, siempre tendría el Estado la posibilidad de “comprar” con dólares todos los pesos. Es decir que el tipo de cambio uno a uno estaba garantizado para siempre. ¡Nunca más una corrida cambiaria en la Argentina!

Si a ello se agregaban otras decisiones, que formaban parte del arsenal de instrumentos y creencias de la política oficial de los noventa, el discurso terminaba afirmando que se le podía garantizar a la Argentina y a sus habitantes ese destino de grandeza tantas veces anunciado, como frustrado, en el pasado.

Una idea simple que, como todas las recetas simples era tan atractiva como falsa.

Por supuesto que alguien se podría haber preguntado, entre otros temas, por que habría que creer en un tipo de cambio fijo “de por vida” en un país con la historia económica del nuestro, o sobre como afectarían las entradas y salidas especulativas de capital extranjero a la economía, o si el hecho de mantener el tipo de cambio fijo no generaría un gradual atraso del precio del dólar, o si ese previsible atraso del tipo de cambio real no impactaría negativamente sobre la producción industrial local y sobre los niveles de empleo, etc., etc. Pero no solo el Ministro no tenía interés en contestar sobre esos temas...la sociedad argentina parecía no querer interrogarse sobre ellos.

La experiencia del pasado reciente, la ausencia de opciones claras que no fueran las recetas ya probadas y la esperanza en el alquimista que proponía el futuro dorado al alcance de la mano generaron el consenso necesario para las “transformaciones imprescindibles”. El programa de los noventa incluía además un proceso privatización de empresas públicas, la desregulación de mercados y la apertura económica y financiera. No había aparentemente opciones por entonces, porque en rigor no se estaba dispuesto a aceptar un pensamiento diferente.

A este “consenso nacional” del pensamiento único le acompañó no solo un entusiasta apoyo externo sino una justificación sobre la conveniencia del rumbo adoptado. Un paradigma que venía a señalar cuales eran los pasos que debían darse para recuperar la década perdida.

John Williamson, Investigador del Instituto de Economía Internacional, acuñó una expresión que, para bien o para mal, se hizo mundialmente conocida: “El consenso de Washington”.

¿Qué es el Consenso de Washington?

Para evitar subjetividades, definamos al Consenso de Washington con las palabras de su creador: “...redacté un documento de referencia donde enumeré 10 reformas de política económica que casi todos en Washington consideraban necesario emprender en América Latina en ese momento”.

Y ¿Cuáles eran esas 10 reformas? Siguiendo al autor del Consenso presentamos la tabla que las sintetiza.

Las 10 reformas del Consenso de Washington

1. *Disciplina fiscal*
2. *Reordenación de las prioridades del gasto público*
3. *Reforma tributaria.*
4. *Liberalización de las tasas de interés*
5. *Tipo de cambio competitivo.*
6. *Liberalización del comercio.*
7. *Liberalización de la inversión extranjera*
8. *Privatización.*
9. *Desregulación.*
10. *Derechos de propiedad.*

Fuente: Reseña sobre el Consenso de Washington y sugerencias sobre los pasos a dar. *John Williamson*

Como puede verse, las ideas del Consenso de Washington constituían un marco consistente con la política económica que se implementó en Argentina en los años noventa.

Esta no es una afirmación caprichosa, en Setiembre del 2003 Jeremy Clift redactor de Finanzas & Desarrollo del FMI, escribe *“El Consenso de Washington contribuyó a cubrir la necesidad de un marco de política económica que sustituyera a las desacreditadas estrategias de planificación centralizada y sustitución de importaciones”*.

En la mayoría de los países de América Latina, el Consenso de Washington fue entonces la forma que adoptaron las recomendaciones de una nueva visión, no solo de la economía sino del mundo. Esta fue la visión que trajo consigo la “Revolución Conservadora” de M. Thatcher en Inglaterra y R. Reagan en los Estados Unidos. Esa revolución del “Estado Mínimo” fue consolidándose rápidamente, y sus recomendaciones ganaron espacio en el diseño de la política económica.

Las nuevas-viejas ideas no solo inspiraron a los Ministros de las economías periféricas y subdesarrolladas como Argentina, afectaron también las decisiones de política económica de los países centrales. Solo como ejemplo digamos que en los Estados Unidos en 1981 la alícuota de impuesto a las ganancias llegaba a ser del 75% para el tramo de ingresos mas elevados, en 1989 dicho porcentaje se había reducido al 33%. Achicar el Estado, reducir la presión fiscal para vigorizar al sector privado, no “castigar” mas a los ricos cobrándoles impuestos altos, sería sinónimo de crecimiento económico acelerado.

El Consenso de Washington fue en ese sentido la explicitación que, para América Latina, tenía la Revolución Conservadora sobre el funcionamiento del sistema económico mundial.

Luces y sombras de los noventa

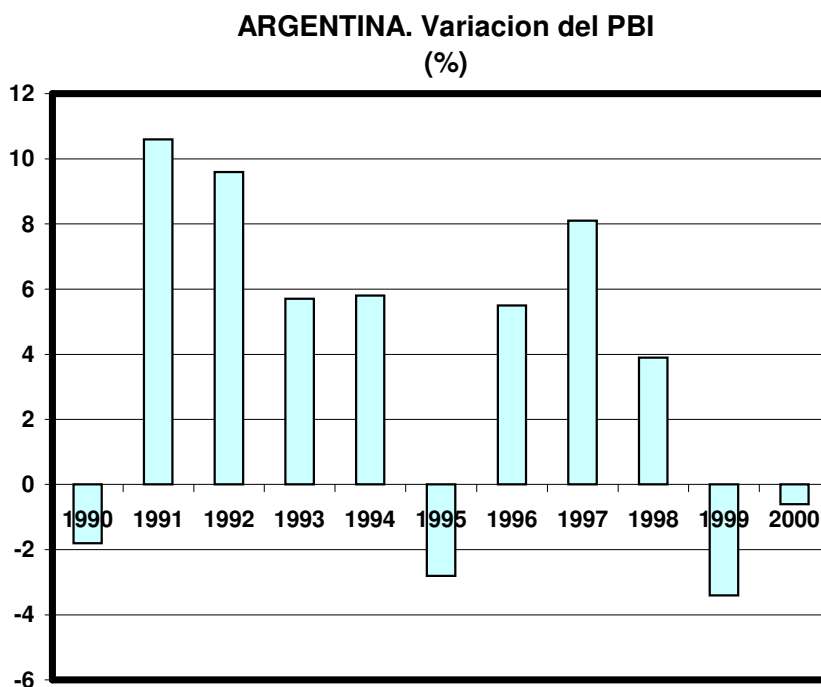
Demasiado próxima aun en el tiempo, la década de los noventa puede ser muy difícil de evaluar sin caer en visiones sesgadas. La de aquellos que creían que la política económica de Menem-Cavallo era “la” receta salvadora, o la de los que advirtiendo los riesgos y déficit de la misma, no podían percibir los límites del modelo anterior que había inspirado a la economía argentina y sobre todo los cambios que a nivel mundial se venían verificando.

Aunque las transformaciones del periodo exceden en mucho lo ocurrido en el plano económico, porque implicaron significativas modificaciones sociales, culturales y políticas, puede ser útil precisar en términos económicos como fue la década que siguió a la “década perdida” de los ochenta.

Una vez anunciado el programa económico de Abril de 1991, y a poco de aplicadas, las nuevas reglas mostraron su eficacia en relación a una rápida reducción de los índices inflacionarios y un significativo crecimiento económico. Estos éxitos iniciales aumentaron la base de consenso para seguir con las otras medidas. Privatizaciones, desregulaciones, mayor autonomía del Banco Central, liberalización del movimiento internacional de capitales, mayor apertura económica y la transformación del sistema previsional fueron, entre otras, las decisiones destinadas a consolidar el contexto del nuevo diseño de la política macroeconómica.

Durante la década del ochenta el Producto Bruto Interno no solo no había crecido sino que tuvo una contracción que, entre 1980 y 1989, es equivalente a un 1.1% anual acumulativo. Lanzado el nuevo plan, el PBI registró crecimientos importantes durante el periodo 1991-1994, con impulsos muy fuertes también en los niveles de inversión. Interrumpido el crecimiento en el año 1995 por la “crisis del tequila”, retomó su expansión hasta 1998 en que la economía entró en una aguda recesión que perduró hasta el estallido del 2001.

En el gráfico se aprecian los porcentajes anuales de crecimiento del PBI del periodo 1990-2000 y puede advertirse claramente el mayor dinamismo de los primeros años de la década.



Como ya dijimos, en materia de inflación la convertibilidad logró rápidamente la reducción de la tasa de crecimiento de los precios; el índice de precios al consumidor se redujo significativamente e inclusive una vez que se inició el proceso recesivo posterior a 1998 la economía entró en deflación.

Es decir que los logros de la política económica de los noventa fueron básicamente un crecimiento importante del PBI y de los niveles de inversión en los primeros años, y hasta 1998, y el logro de una razonable estabilidad del nivel general de precios.

En relación a la década anterior entonces, hubo una recuperación aunque algunos economistas han estimado que podría haberse esperado una recuperación mayor. Este es el caso del recientemente galardonado Premio Nóbel en economía Finn E. Kydland que en su trabajo *“La década perdida de la Argentina y su recuperación subsiguiente”* concluye que: *“Las predicciones del modelo neoclásico del crecimiento se confirman con la evidencia de la depresión de la década perdida...”*, pero al mismo tiempo señala que: *“...la inversión no se recuperó en la década subsiguiente de los años 90 tan rápidamente como debía, según ese mismo modelo”*.

Pero mas allá de esa observación, es indudable que el crecimiento económico, con un marco de estabilidad importante, constituyó el principal resultado positivo de la década de la convertibilidad.

La sensación de vivir en una sociedad que estaba camino a convertirse en una economía desarrollada y estable, generó cambios en el comportamiento de los argentinos que, tal como había ocurrido durante la gestión de Martínez de Hoz, se sintieron ciudadanos de un imaginario país poderoso.

Pero no pueden dejar de señalarse los “costos” que aparecieron asociados a las transformaciones que se operaban en la economía. Como consecuencia de las privatizaciones, de la reducción de funciones del Estado y del proceso de desindustrialización y concentración de la actividad económica se produjeron efectos muy negativos sobre la tasa de desempleo.

La desocupación se disparó de un 6,9 %, a comienzos de la década, a un 18.4 % a mediados de 1994 y permaneció en torno al 15% hasta el final de la misma. Sin contar el aumento que también se operó en los niveles de subempleo, se puede afirmar que el proceso de los noventa multiplico por 2,5 las personas sin trabajo. En el marco de la reestructuración de la economía parecía que el sistema generaba una población “excedente” equivalente al 15 % de la población económicamente activa.

Como ya hemos detallado en notas anteriores (“La Decadencia Argentina”, y “Argentina, Malthus y la Pobreza”, Suplemento Debates, 28/11/04 y 7/11/04) el aumento de la pobreza y la exclusión social, la concentración de la riqueza y la desigual distribución del ingreso alcanzaron durante los noventa, y con su desenlace en la crisis del 2001, niveles de tragedia.

La expulsión de mano de obra del sector público, ligada al proceso de privatización de empresas, y un proceso de desindustrialización que se fue agudizando a medida que la oferta local de bienes industriales fue siendo sustituida por productos importados explican buena parte de ese aumento de la tasa de desempleo abierto.

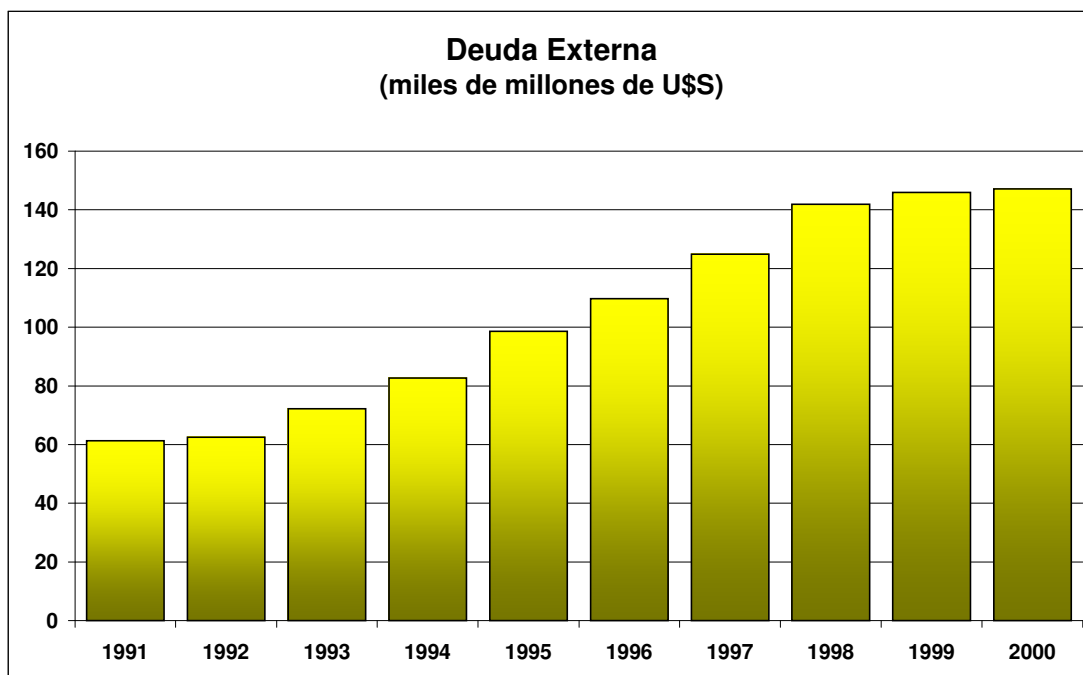
El creciente atraso cambiario, el aumento del desempleo, las cada vez mayores dificultades del sector industrial nacional, la concentración de la riqueza y una objetiva discriminación a favor de los sectores financieros internacionales constituyeron la otra cara de la dorada medalla de la década de los noventa.

Otra consecuencia del modelo fue un creciente nivel de endeudamiento externo, que era permanentemente ignorado por los responsables de la política económica. La ingenua (¿o no tan ingenua?) confianza en el mecanismo de la “caja de conversión”, en sentido estricto alentó el crecimiento desmesurado de la deuda externa durante la convertibilidad.

En 1991 la deuda externa argentina era del orden de los 60.000 millones de dólares (en su mayoría contraída durante el gobierno militar de 1976 a 1982) y hasta el año 2000 creció casi un 140%. Buena parte de ella surgida a partir de la imprudencia fiscal que llevó a que, a pesar de los ingresos por privatizaciones, el déficit del sector público se tornara explosivo a fines de los noventa.

El Estado argentino terminaría anunciando el “default” de la deuda en un insólito discurso de asunción a la Presidencia de la Nación del Dr. Adolfo Rodríguez Saa. Hoy, a casi tres años de aquel suceso, Argentina está aun intentando llevar adelante un complicado y aun incierto proceso de reestructuración de su deuda.

La forma acelerada en que creció la deuda en la década de los noventa puede apreciarse claramente en el gráfico que presentamos.



La convertibilidad, la apertura económica, las privatizaciones, la desregulación de la economía y la eliminación de restricciones a la entrada de capitales, en síntesis, aquellas medidas que formaban parte de las reformas que se promovían desde el Consenso de Washington, y con las características específicas que asumieron en la política económica de Menem-Cavallo, pueden acreditarse el mérito de la estabilidad y un relativo crecimiento en relación a los ochenta.

Pero deben asumir también que el explosivo aumento de la tasa de desempleo es la expresión más nítida de la expulsión de millones de seres humanos a la marginalidad, que el aumento de la deuda externa es un fenómeno que afectó (y afectará durante décadas) la capacidad de decisiones soberanas de nuestro país, y que en términos morales es terrible el destino al que condenaron a millones de argentinos.

Si los ochenta fueron la década perdida en términos de crecimiento económico, los noventa fueron la otra década perdida; la que se perdió en términos del desarrollo y la justicia social.

Aun hoy hay quienes insisten en rescatar de buena fe, aunque a-criticamente, las medidas económicas de los noventa. También están los que en su momento las apoyaron entusiastamente y después, por conveniencia o sinceramente, “descubrieron” que estaban equivocados. Habrá seguramente quienes advierten los costos que tuvo la experiencia y creen que pudieron haberse evitado. Con ellos seguramente se puede debatir.

Pero hay una categoría que incluye a aquellos que, a pesar de ser concientes de la tragedia que padecen muchos argentinos, aspiran a que se repita la experiencia sin tomar en cuenta el drama de los excluidos y postergados. Con los que pertenecen a esta categoría el debate es imposible, porque intercambiar ideas es una acción propia y posible solo entre los seres humanos.